

Frente a estas cuevas-eremitorio, ubicadas en el paraje denominado de Los Arroyuelos, y más comúnmente conocido en Atienza como “Las Cuevas”, a mayor distancia de la villa, en las faldas del monte Hontanar y lugar conocido como “El Nacedero”, se hallan otras de mayores dimensiones orientadas en dirección a la villa, posición Norte.

El porqué de estos lugares lo podríamos encontrar en la reseña que nos hace Carmen Díez González (Los eremitorios en la Cuenca del Tajo): *A la hora de buscar el retiro y alejamiento del mundo parece que las fundaciones obedecen a tres estilos. La primera correspondería a la búsqueda de parajes ocultos, verdaderamente escondidos donde poder desarrollar la oración en silencio y en consonancia con una naturaleza propicia que insiste en la imagen de ahondamiento espiritual. Por otra parte la que corresponde con una vida de ascesis anímica en la que se asciende en grados de perfección abandonando comodidades, elige lugares agrestes o las cimas de las montañas. Por último, la busca el sosiego y la paz interior se corresponde con paisajes suaves, abiertos, de carácter amable...*

Este último sería el caso de las cuevas-eremitorio de Atienza. Ubicadas en las cercanías de la villa y sin embargo lo suficientemente alejadas para encontrarse con el sosiego y reposo de la Naturaleza.

Desconocemos desde cuando fueron habitadas, ya que indudablemente se excavaron en la roca por la mano del hombre, probablemente en época visigoda, y seguramente utilizadas con posterioridad a la Reconquista como lugar de reposo y oración por las numerosas órdenes religiosas que pasaron por la comarca. Hasta que la edificación de monasterios y conventos las hizo innecesarias, como sucedió en otros lugares. Pasando a ser, en numerosas ocasiones, ermitas hoy distribuidas por los cuatro puntos cardinales de España.

La roca bajo la que se asientan, forma parte de una gran laja de arenisca roja, de fácil excavación, lo que permitió a los primitivos constructores llevar a cabo una gran obra, al descubrir una primera sala e ir ampliando con el paso del tiempo, hasta llegar a descubrirse dos amplios espacios con cuatro entradas diferentes, tres de ellas abiertas sin duda por la mano del hombre y la cuarta provocada sin duda por un desprendimiento en la excavación. Desprendimiento que unió en algún momento el conjunto.

Como bien indica Enrique Daza Pardo (La edifica Rupestre en el norte de Guadalajara: Hábitat y eremitismo): *Se trata de rocas fácilmente moldeables, ya sea por la acción de los agentes atmosféricos como por la mano humana, lo que favorece su elección como soporte de cara a la excavación de una subestructura.*

Sobre la roca, en la actualidad cubierta de maleza, una conveniente limpieza podría descubrirnos otras oquedades como, sin lugar a dudas, algún tipo de tumba antropomorfa semejante a las halladas en Morenglos o Ujados.

El paso del tiempo, y las distintas utilidades que desde su abandono como eremitorio, no permiten encontrar rastros de inscripciones, e incluso podrían haber desaparecido algún tipo de hornacina que en este tipo de cuevas fueron frecuentes. El espacio fue utilizado a lo largo del tiempo como refugio de pastores y ganado. Pues su interior, de espaciosa anchura al igual que altura, lo permitió.

A pesar de ello, se trata de un espacio digno de estudio y conocimiento del que no dudamos que estas primeras líneas en torno a él, serán prelude de otras muchas y, sin duda, de mayor calado y ciencia.